

LOPE DE VEGA Y CARPIO, FÉLIX (1562–1635)

POÉTICA

A Don Juan de Arguijo, veinticuatro de Sevilla

Para escribir Virgilio de las abejas, hablando con Mecenas, dijo: *Admiranda tibi levium spectacula rerum.*

Si V.M. ha pasado mi Angélica, ni viene mal esto mismo, y así dice el Tasso en su Poética que se pueden tratar las cosas humildes con ornamento grande, que responde a lo que en la Arcadia tengo escrito. Este poema no es heróico ni épico, ni le toca la distinción de Poema y Poesis que pone Plinio. Basta que le venga bien lo que dijo Tulio de Anacreonte, que *tota poesis amatoria est*. Algunos llevan mal las exornaciones poéticas contra el consejo de Bernardino Daniello, que no quiere que se use de palabras bajas, y realmente eso se concede a cómicos y satíricos, como se ve en Terencio y Persio. A la Arcadia objetan el efecto. Aquella prosa es poética que, a diferencia de la historial, guarda su estilo como se ve en el Sanazaro. ¿Y qué tiene de diferencia azules lirios y siempre verdes mirtos a este principio?:

Sogliono il più delle gli alti e spaziosi alberi negli orridi monti dalla natura prodotti più che le coltivate piante, da dotte mani espurgati negli adorni, giardini a'riguandanti aggradare.

Aquí pone el Sanazaro «altos y espaciosos árboles, hórridos montes, cultivadas plantas, doctas manos y adornados jardines». De manera que casi hay tantos epítetos como palabras. Porque la amplificación es la más gallarda figura en la Retórica, y que más majestad causa a la oración suelta. Y los epítetos ¿por qué han de ser pleonasmos? La redundancia de palabras en la oración es viciosa cuando están en ella ociosas y sin alguna causa, como quien dijese: «Oyó con los oídos; habló con la boca y vio con los ojos», como condena en el Petrarca el Daniello cuando dijo:

*Se Virgilio e Omero avessin visto
quel sole, il qual veggo io con ogli occhi miei.*

Y aquello verdaderamente es afirmativo, y en el hablar común recibido por ordinario término, como en Terencio: *Hisce oculis ego met vidi*. Que los lugares todos de Virgilio a este modo tienen diversa inteligencia como cuando dijo:

Talia voce refert.

Porque dice que aquello dijo con la voz, pero que *proemit altum corde dolorem*, y que *spem vultu simulat*.

La Arcadia es historia verdadera, que yo no pude adornar con más fábulas que las poéticas. No es infructuosa, pues enseña en el quinto libro la virtud de Anfriso, y el método para huir de amor y del ocio, por la opinión de Horacio, que *omne tulit punctum*. Y a quien le ha leído podría yo decir lo que Juan de Montereio por las Teóricas de Gerardo Cremonense, que no estaban escritas a su gusto, y dábansele al amigo que las leía: *Optimi viri functus est officio: non modo enim benedictibus gratiae sunt habendae, verum etiam errantibus: nam per hos quidem cautiores reddimur, per illos autem meliores*. Que es lo mismo que dijo Luis Vives: *Ex sapientibus disce, quo fias melior; ex stultis quo fias cautior*. Y después en aquel libro y en este, en aquella y esta pintura es una misma la pluma y los pinceles, no será fuera de propósito responder algo, no que parezca defensa ni satisfacción, que tan mal suelen dar autores vivos, y por eso dice bien aquella inscripción del hieroglífico donde está la muerte laureada: *Hic tutior fama*. Usar lugares comunes, como engaños de Ulises, salamandra, Circe y otros ¿por qué ha de ser prohibido, pues ya son como adagios y términos comunes, y el canto llano sobre que se fundan varios concetos? Que si no se hubiera de decir lo dicho, dichoso el que primero escribió en el mundo, pues a un mismo sujeto bien pueden pensar una misma cosa Homero en Grecia, Petrarca en Italia y Garcilaso en España. Ni es bien escribir por términos tan inauditos que a nadie pareciesen inteligibles; pues si acaso las cosas son oscuras, los que no han estudiado maldicen el libro porque quisieran que todo estuviera lleno de cuentos y novelas, cosa indigna de hombres de letras; pues no es justo que sus libros anden entre mecánicos e ignorantes, que cuando no es para enseñar no se ha de escribir para los que no pudieron aprender.

Esto de las arenas y estrellas está recibido, y las habemos de buscar por fuerza para un gran número, pues no puede ser mayor que, habiéndole dicho Dios a Abrahán: *Numera stellas, si potes*, pues él solo las contó y llamó por su nombre, como David lo dice y Hieremías: *Sicut numerari non possunt stellae coelli*, aunque Albateño, Alfragano y Tolomeo las reduzgan a número de mil y veinte y dos; y así lo vemos en cuantos han escrito. Marulo dijo:

Non tot signa micant tacente nocte,
y más abajo por las arenas:
Non tantus numerus Libyssae arenae,

y Catulo lo mismo:
Quam magnus numerus Libyssae arenae,

y Silio Itálico por las estrellas:
Quam multa affixus coelo sub nocte serena
Fluctibus et mediis sulcator navita ponti
Astra videt,

y Ovidio:
Quot coelum stellas, tot habet tua Roma puellas,

y en otro lugar:
Quot flavas Tibris arenas.

Luego si todos los antiguos y celebrados para comparar grandes números traen las arenas y estrellas, no es error imitarlos ni decir lo dicho.

Las «tórtolas» y «Troya» no es justo que las culpe nadie por repetidas, pues lo fuera en el Petrarca haber hecho tantos sonetos al Lauro, y el Ariosto al Ginebro y el Alemani de la Pianta; que si los nombres de las personas que amaron les dieron esa ocasión, yo habré tenido la misma.

Las Églogas de aquellos pastores no son reprehensible por imitadas, ni esta tela de la Angélica por trama de Ariosto, que él también la tomó del Conde Mateo María, y cuando lo fueran, otros habían primero que yo errado en lo mismo. Pero no porque Tespis hiciese la primera tragedia, como refiere Horacio en su Arte Poética, y Dafne las Bucólicas por opinión de Suidas y de Diodoro en el libro quinto, fuera bien que dejara de hacer Séneca su Agamenón y Hércules, y Virgilio sus Églogas, fuera de las que con tanta elegancia escribieron Calpurnio, Nemesiano, el Petrarca, Juan Baptista Mantuano, el Bocacio y Pomponio Gaurico, y el mismo Virgilio toma las suyas de Teócrito, pues es opinión de Servio que este verso tuvo principio en tiempo de Jerjes, y lo que después han escrito las han tomado de Virgilio.

Livio Andrónico inventó las comedias, pero no perdió honra Plauto con las suyas, pues se dijo dél que hablaban las Musas ore Plautino, como afirma Epio Stolo y refiere Crinito, Y el Poema Heróico de Homero ¿qué ha quitado al de Virgilio, Estacio y Lucano? Y los sacerdotes egipcios que Josefo siente por los primeros inventores del escribir en prosa, o sea Moisés o Cadmo, como duda Polidoro, ¿por qué han de ser dueños de la historia de Eusebio, Tito Livio, Naucrero y Paulo Jovio? Reprehenden que haya dicho:

A quién hiela el desdén, y el amor arde que no quisieran que fuera activo; caso extraño es de la manera que nos privan de lo que cuantos han escrito llaman licencia, aunque en esto no la tomé yo, sino Virgilio cuando dijo:

Corydon ardebat Alexim.

Que también a mí me puede valer la respuesta de los Gramáticos (de que Dios nos libre) id est, ardentem amabat. Dice en otro lugar reprehendido, hablando del sol:

Al tiempo que se humilla.

Este Ovidio lo dijo: Pronus erat Titam y en otra parte:

Inclinatoque petebat
Hesperium fretum,

y Lucano:

Iam pronus in undas,

y Estacio:
Sol pronus equos.

Y pues ya he llegado a esto, no puedo dejar de referir a V.M. la objeción de uno destes, de quien se dice que escriben y es como el cantar de los cisnes, que todos saben que cantan, pero ninguno los oye; a lo menos que no saben la diferencia que va del borrador al molde, de la voz del dueño a la del inorante, de leer entre amigos o comprar el libro; fue sobre aquella fábula de Palas en mi Arcadia:

Palas con furor y envidia.

Dijo que ¿cómo siendo diosa tenía envidia? Y respondíle que dioses que tenían sensualidad bien podían tener envidia. Pues se leen de Júpiter más de dos mil doncellas violadas, de que se hallarán en el Bocacio más de otros tantos hijos, y que si no sabía que fueron mortales hombres, leyese a Palefato *De non credentis fabulis*.

Aquí se ofreció reprehender haber dicho por imposible que el aire tendría cuerpo, y debe de ser que no conoció que yo no hablaba del tangible sino del cuerpo opaco; que esto es tener cuerpo, ser discernido de la vista, y la distinción es luz del argumento. Y porque en aquel libro y en este, particularmente donde escribo tantas hermosuras y tan diversas, y en cuantos tiene el mundo de poesía, cansa a muchos que se pinte una mujer con oro, perlas y corales, pareciéndoles que sería la estatua de Nabucodonosor, no puedo dejar de referir aquí lo que siento con algunos lugares de poetas antiguos. Cornelio Gallo pintó a su Lidia de esta suerte en estos celebrados líricos:

Lidya puella candida,

quae bene superas lac et lilium
albanique simul rosam rubidam

y aun aquí llamó a la rosa «colorada», y a la azucena «blanca». Pero díjolo Virgilio:

Alba ligustra cadunt.
Mas pasando adelante:
Aut expolitum ebur Indicum.
Pande, puella, pande capitulos.
Flavos, lucentes, ut aurum nitidum.
Pande, puella, collum candidum.
Productum bene candidis humeris.
Pande, puella, stellatos oculos.

Que aquí los llama no solo de estrellas sino «estrellados».

Pande, puella, genas roseas

Perfusas rubro purpurae Tyriae.

Dice que son de rosa, y bañadas de púrpura de Tiro.

Porrige labra, labra coralina.

Aquí llama a los labios «corales».

Y luego más abajo: «Conde papillas, conde gemipomas».

Que aún llama a los pechos dos manzanas, y Fausto Sabeo también:

Iecit in amplexus roseos, malasque papillas.

Pero sin esto, dijo Virgilio por Lavinia:

Indum sanguineo veluti violaverit ostro

Siquis ebur, aut mixta, rubent ubi lilia multis

Alba rosis, tales virgo dabat ore colores.

Llama también blanca a la azucena y hácele la cara como marfil de Indias, y mezclado con la sangre de las conchas que llaman púrpura, y la juntó con rosas y azucenas. Y Mantuano dijo por la Virgen: Os roseum, boca de rosa, y frontique decorem sidereum, y nuestro divino Arias Montano en aquellos tetrásforos la llamó de oro y de rosa:

Ut vultus rosae Virginis aureos.

Uxor levitici Pontificis videt, etc.

Y adonde dijo Hierónimo Vidas:

Pudor ora pererrans,

Cana rosis veluti miscebat lilia rubris.

Llama a las azucenas canas, a las rosas rojas, y dijo que mezclaba la vergüenza en la cara las rosas y las azucenas. ¿Y por qué dijo Policiano que el sol salía con la boca de la rosa?:

Extulerat roseo Cynthus ore diem,

y Horacio:

Nunc et qui color est punicae flore prior rosae,

y Pontano:

Roseumque labellis,

y Boecio:

Roseis quadrigis,

y Estacio:

Purpureo vehit ore die.

Y aun me acuerdo de haber leído en Virgilio *purpuream animan vomit*, que es más que todo. Y por no cansar a vuestra merced ¿qué poeta tiene el mundo sin estas metáforas? Si Garcilaso fue tan casto escritor ¿por qué dijo: «En tanto que de rosa y azucena»? Pero habíalo dicho Horacio, de quien él lo tomó en aquella Oda celebradísima. No digo esto a vuestra merced de quien sé por experiencia que ninguno en España sabe mejor esta materia, ni más despacio ha desentrañado los poetas latinos, sus metáforas, alegorías, contraposiciones, aposiciones, similitudes, traslaciones, licencias, apóstrofes, superlaciones y otras figuras, pues es cierto que sin ellas aun no lo sabrían hacer los que sin arte escriben.

Pues las imitaciones siempre han sido admitidas, y aun a veces las mismas traslaciones ¿qué más clara puede ser que esta de Virgilio en el segundo de la Eneida?:
Regnatorum Asiae iacet ingens littore truncus.

Y el Ariosto en el canto cuarenta y dos, estancia 9:
Del Regnator di Libia il grave trunco.

Pues espantarse de que un vocablo latino se españolice, no sé por qué, que el mismo Ariosto le tomó español cuando dijo:
Sopra me questa empresa tutta quiero.

Pues en razón de descuidos ¿por qué no se han de sufrir en carrera larga habiendo el mismo dicho:
Lo elmo e lo scudo anche a portar gli diede?

Pues si había dicho que Astolfo le había atado las manos, era imposible que le llevase el yelmo y el escudo. Con esto pienso que se habrá satisfecho a algunos, aunque esto se pudiera excusar, pues para los que entienden no era necesario, y para los que ignoran es como no haberlo dicho. V.M. perdone las faltas y prolijidad de este discurso en cuyo fin le ofrezco estos sonetos que se siguen. De cuyo estilo, en orden al que deben tener, no disputo, pues está tan a la larga tratado de Torcato en la lección que hizo en la Academia de Ferrara sobre un soneto de Monseñor de la Casa, sacando de la opinión de Falereo y Hermógenes, que habiendo este género de poema se ser de conceptos, que son imágenes de las cosas, tanto mejores serán cuanto ellas mejores fueren; y habiendo de ser las palabras imitaciones de los concetos, como Aristóteles dice, tanto más sonoras serán cuanto ellos fueren más sublimes. Vuestra merced los reciba con mi voluntad, de quien puede estar satisfecho como yo lo estoy, de que si fueran de ese divino ingenio iban seguros de ser estimados como agora temerosos de ser reprehendidos.

A Don Juan de Arguijo, veinticuatro de Sevilla

Es de manera vintilada en el mundo esta cuestión de honor debido a la poesía, que no hay quien se atreva a dárselo y muchos atrevidamente se le quitan, y así lloraba Ovidio:
Hei mihi, non multum carmen honoris habet.

Y Tito Calpurnio, en la Égloga cuarta:
Frangere puer calamos, et inanes desere Musas.

Y sucédele como a las diversas naciones en materia del conocimiento de Dios, que puesto que unas han adorado al sol, otras a los animales y algunas a los hombres, ninguna ha sido tan bárbara que haya negado que le hubiese; lo que sucede por momentos a la Astrología con las varias opiniones, como se vee en lo que de su verdad o mentira escribió Levinio Lemnio. Ser arte es infalible, pues consta de sus preceptos, aunque haya quien diga: *Quamquam non ita verum omnia, quae canunt, arte cani, nam miranda canunt, sed non credenda.* Y en honra suya a este propósito basta que Platón llame a los poetas insignes, y a la poesía preclara, y más adelante, sacra, como también Ovidio:

Quid petitur sacris, nisi tantum fama, poetis?

Con que convienen tanto Ciceron y Aristóteles. Muchos la han aborrecido en la parte que también Platón la reprehende cuando imita enojosamente las costumbres. Pienso que aquí se entienden las invectivas, de quien se ofendió tanto Roma, cuando se conoce de la ley que los censores hicieron a este efecto, referida por Horacio: *Quin etiam lex penaeque lata, malo quae nollet carmine quemquam describi.* Pero que lo sienta así, o como arriba digo, argumento es de la estimación en que acerca dél estuvo, hallarse escrito que toda su Filosofía tomó de Homero, clarísimo y antiquísimo poeta que fue, según la opinión de Cornelio Nepos, ciento y sesenta años antes de la fundación de Roma. Plutarco los tiene por útiles, y Tulio en la oración pro Archia poeta bastantemente los encarece, y muchas de sus obras adornó de lugares suyos. Las palabras de Estrabón son notables: *Antiqui poeticam primam quandam philosophiam perhibent, quae ab ineunte nos aetate ad vivendi rationes adducit, quae mores, quae affectiones doceat, quae res gerendas cumiucunditate praecipiat.* Y si en su Sintaxeos Pedro Gregorio no parece sentir bien de ella, esto no lo niega a lo menos: *Probo quidem artem omnino, ut pote quae in electione verborum et sententiarum ingenia aquat et exercent, et quae ad optima etiam possit esse celebranda instrumentum,* y que no ha habido jamás entre bárbaros, gentiles y cristianos culto divino sine aliqua metrica decantatione, como se vee en nuestros himnos santísimos y yo tengo referido en mi Isidro. A que también alude Horacio en la primera epístola ad Augustum, donde con tanto primor encarece las partes en que puede ser útil y digna de alabanza.

Olimpo Nemesiano dice que:
Levant carmina curas.

Y Tibulo que a quien alabaren las Musas, *Vivet, dum roborat tellus, / dum coelum stellas, dum vehat annis aquas.*

Y Ateneo dice que los antiguos (con serlo él tanto) cantaban en sus convites los versos que llamaban inaequales:

Haec carmina canebant sapientis, atque singuli odam aliquam pulchram in medium ut proferrent dignum existimabant, eamque pulchram adhortationem, sententiamque utilem vitae opus esse crediderunt.

El lugar en que San Agustín la llama error, Demócrito, insania, San Pablo, fábulas vanas y San Jerónimo la reprehende, debe ser entendido por aquel tiempo en que los poetas antiguos llamaban a Júpiter Omnipotente, escribían los vicios y torpezas de sus dioses, juraban por Cástor y Hércules, como se ve en Terencio y Plauto, que imitaban el lenguaje de entonces, y otras cosas que a nuestra Religión pueden ser ofensivas. Catón reprehendió a un cónsul porque tenía al famoso Enio (tan estimado de Cicerón) en su provincia, cosa por cierto demasiadamente dura y estóica; y así Pierres Constau, francés, no creyendo que Platón haya metido en este número a los buenos poetas, dice en sus Narraciones filosóficas, que no solamente no mueven los espíritus a mal, pero que deseando igualar la virtud de los que celebran, con aquella emulación se incitan a hacer bien, y así es a este propósito en honra de Homero famoso el encarecimiento de Alejandro. Cuando Ovidio dijo: Teneros ne tengae poetas, que es lo mismo que el referido francés dice:

*De ne chercher trop curiosement / écrits lascifs et remplis de diffame / car ils nous font
ofencer grièvement, / oublier Dieu, maculer corps et âme.*

Y Juvenal: Nil dictu foedum visuque hoc limina tangant, porque no corrompiesen las costumbres.

Y Herodoto: Poetae sunt perniciosissimis leonibus. Allá miraban el buen Marcial y otros, que sin duda lo son, aunque agudísimos, a cualquiera entendimiento casto. Y en razón del hablar libre también creyó la antigüedad que los dioses habían cegado al poeta Stersícoro, tan famoso que tenía Horacio por peligroso imitalle en castigo de haber hablado poco dignamente de la hermosura de Helena. y Crinito refiere la liberad de los poetas griegos Cratino y Aristófanes con la queja que los Metelos tuvieron del poeta Nevio, castigado en la cárcel por maldiciente. No tienen ahora esos estilos los libros, ni las censuras dellos los permiten escandalosos, de más que, por la parte de ser tiernos, la prosa suele hartas veces hurtar a la poesía sus licencias, como en Heliodoro, Apuleyo y muchos de los modernos. A esto se parecían algo los españoles antiguos, así en los encarecimientos atrevidos como en las virtudes poco honestas. Y es claro ejemplo las coplas castellanas de Juan Álvarez, algunas de Cartagena, Lope de Estúñiga y la Justa que hizo Tristán. Sólo me parece que los disculpa no las haber impreso con su gusto, sino aquellos que después la juntaron para hacer volumen. Y así no me maravillo que los oídos castos y religiosos aborrezcan generalmente lo que en sí es bueno por particulares tan malos y dignos de reprehensión. La poesía casta, limpia, sincera, aunque sea amorosa, no es ofensiva, que no la ha parecido la del Petrarca a ningún recatado ingenio; la del Serafino Aquilano, el Cardenal Bembo, Luis Alemani, Aníbal Nozolino, Vulteyo, francés, los dos Tassos y otros, aunque amorosos, honestísimos poetas. Ni dejó San Agustín de leer y encarecer el libro cuarto de la Eneida por ser tierno sino por el testimonio levantado injustamente a Dido de que también se queja Ausonio. Castísimos son aquellos versos que escribió Ausías March en lengua lemosina que tan mal, y sin entenderlos Montemayor tradujo. Bien parecían antiguamente aquellos conceptos amorosos dichos con la blandura de los pensamientos, y no ofendiendo la gravedad de los que los sentían. El Duque segundo de Alba en aquella edad escribió así:

Tú, triste esperanza mía,
conviene que desesperes,
pues que mi ventura guía
la contra de lo que quieres.

Y el Duque de Medina en aquel mismo tiempo:
Son mis pasiones de amor
tan altas en pensamiento,
que el remedio es ser contento
por la causa de dolor.

Y don Jorge Manrique en este galán pensamiento:
No sé por qué me fatigo,
pues con razón me vencí,
no siendo nadie conmigo,
y vos y yo contra mí.

Y Juan de Mena dijo milagrosamente:
Por pesar del desplacer
querría poder forzar
mi deseo al mal querer
como el vuestro al desear;
que sabiendo que por él
vivo vida trabajosa,
asaz seríades cruel,
si no fuédeses piadosa.

A este modo fue en aquel tiempo famoso Tapia, Garci-Sánchez y otros. Ni el señor rey don Juan se ofendió de escribir a Juan de Mena versos, ni el Almirante a Castillejo. Fueron el Duque de Sessa y don Diego de Mendoza maravillosos, que de Garcilaso y Boscán, nombrándolos, está dicho; que Boscán si no alcanzó la experiencia de los versos largos, nadie le puede negar los altos pensamientos, y en nuestro tiempo hubo muchas canciones castísimas de Pedro de Lerma, don Juan de Almeida, don Lope de Salinas, Figueroa, Pedro Láynez y don Fernando de Acuña. Y para decir verdad, en ningún siglo ha conocido España tantos príncipes que con tal gracia, primor, erudición y puro estilo escriban versos, como son tan evidente ejemplo el Conde de Lemos, el de Salinas, el Marqués de Cerralvo, el Comendador Mayor de Montesa, el Duque de Osuna, el Marqués de Montes Claros y el doctísimo Duque de Gandía, si no malograra su temprana muerte los que con tanta elegancia escribió el Marqués de Tarifa, nuestro siglo sin duda había hallado en España su poeta. Y pienso que cuando por sus estudios y únicas partes (que entre tales señores es justo nombrarle) no mereciera Herrera nombre de divino, por la castidad de su lenguaje lo mereciera. Y si como de amigos familiares fueran de todos vistos los versos que V.M. escribe, no era menester mayor probanza de lo que aquí se trata que huyendo toda lisonja como quien sabe cuánto V.M. la aborrece, sin tocarle a aquellas palabras de Tulio, que Maxima culpa in eo est, qui et veritatem aspernatur, et in

fraudem obsequio impellitur, ni a mí lo que él mismo más adelante cita del Eunuco de Terencio, dudo que se hayan visto más graves, limpios y de mayor decoro, y en que tan altamente se conoce su peregrino ingenio, que con las virtudes de que el cielo ha dotado sus honestísimas costumbres luce notablemente, y por quien dijo bien Cornelio Galo: *Quin etiam virtus fulvo pretiosior auro, / per quam praeclarum plus nīcat ingenium.* Los sonetos llaman los italianos rime mescolate; las sestinas y madrigales rimas libres; las canciones en parte libres y en parte ordenadas, como también los son las estancias que en España llaman octavas rimas por ser de ocho versos, menos bárbaramente que a las canciones de a cinco llamar liras porque las comenzó Garcilaso diciendo Si de mi baja lira. De las estancias fueron inventores los sicilianos, aunque dicen que ellos solamente las hacían de seis versos y que el Bocacio añadió los dos últimos con que agora se cierran; los tercetos, de quien fue autor el Dante, son también rimas ordenadas. Llamáronse así porque cada rima se pone tres veces, eslabonándose unos a otros con maravillosa gravedad y artificio, pues se puede proseguir en ellos cualquier argumento como se ve en los Triunfos del Petrarca, y en los diversos capítulos y elegías que en Italia se usan de las estancias. Y destos se fabrica el soneto, aunque los ocho versos primeros difieren de la orden de la estancia y aun en los tercetos hay libertad de hacerlos, como se ve en tanta variedad de ejemplos. Pero no hay duda que cuando el terceto dellos guarda su rigor concluye más sonora y con más fuerza, respondiéndose mejor las cadencias a menos distancia de los que aquí van escritos. Volviendo al primer propósito, algunos significan tal vez propios afectos con alguna eficacia, pero siempre llevan la mira a la estiamción propuesta cuando se les conozca desigualdad. Bien lo tiene disculpado Horacio aun en los que saben mucho, cuanto más en los que, como yo, fueren ignorantes:

*Sunt delicta tamen, quibus ignovisse velimus:
nam neque chorda sonum reddit quem vult manus et mens;
poscentique gravem persaepe remittit acutum,
nec semper feriet, quodcumque minabitur arcus*

Algunas faltas perdonar debemos;
la cuerda a intento y mano no se junta;
queda agudo, si grave pretendemos,
ni siempre acierta el arco donde apunta.